

*lucía guerra  
cunningham*

**la mujer  
latinoamericana  
y la tradición  
literaria femenina**

---

*Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.*

*Sor Juana Inés de la Cruz*

**La mujer latinoamericana y la tradición literaria femenina**

Al examinar la tradición literaria del continente hispanoamericano, resulta sorprendente constatar que en ella sólo se destaca un número reducido de mujeres. Un recuento estadístico en los textos de historia literaria pone en evidencia una abrumante mayoría de hombres: entre un término medio de trescientos escritores reconocidos por la crítica como importantes, apenas una docena de mujeres recibe una mención destacada por su labor en el oficio de las letras. Dentro de esta actividad en la cual la mujer parece haber sido un ente silencioso y pasivo, escritoras tales como Delmira Agustini, María Luisa Bombal, Rosario Castellanos, Sor Juana Inés de la Cruz, Gabriela Mistral o Alfonsina Storni, se elevan como figuras excepcionales que se alejan de una supuesta norma femenina.

Asumir que la notable ausencia de la mujer en los lugares señeros de la literatura se deba a su incapacidad creativa o a su inferioridad en el quehacer artístico resulta una burda simplificación, especialmente en el momento actual, cuando se están realizando importantes investigaciones respecto a la problemática de la mujer y su participación en la sociedad. En realidad, este fenómeno debe comprenderse como una resultante de factores históricos que tienen su origen en las estructuras económicas sobre las cuales se ha organizado la sociedad latinoamericana.

En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Federico Engels explica que la división del trabajo originó en el mundo occidental una dicotomía esencial: mientras al hombre se le asignaron las funciones productivas, la mujer fue confinada a las labores domésticas, papel que, a su vez, produjo una posición subordinada. Recientes estudios antropológicos han establecido que esta estructura afectó de manera significativa la participación de cada sexo en todas las esferas de la sociedad. La mujer, en su papel primario de madre y esposa, fue relegada al espacio privado y doméstico del hogar llevando una existencia intrascendente en las áreas públicas. El hombre, por el contrario, junto con encargarse de la producción, creó diferentes sistemas de gobierno, fijó las leyes y normas morales, ocupó los altos

cargos en la jerarquía de las instituciones religiosas y fue el agente activo del arte apropiándose así de todas las actividades que pertenecen al ámbito de la cultural.<sup>1</sup>

De esta manera se explica que aún en aquellos períodos de gran auge artístico como el Renacimiento, por ejemplo, no exista ninguna mujer de actividad destacada en el campo de las artes. Condenada a una educación precaria, su destino no era otro que el de llegar a ser una buena ama de casa, y, a lo sumo, una consumidora del arte. Este hecho ha dado origen a situaciones paradójicas; baste recordar que en Inglaterra, durante el siglo XVIII, el gran público lector estaba constituido por mujeres cuyos gustos y preocupaciones determinaron los temas y motivos incorporados en novelas tales como *Pamela* y *Clarisa*. Su autor, Samuel Richardson, en su interés por vender un gran número de ejemplares, eligió como trama de sus obras las vicisitudes y zozobras de heroínas que son prototipos de la época. Las inglesas leían sobre la mujer y sus conflictos, pero vistos desde una perspectiva masculina que, por cierto, desfiguraba las experiencias y vivencias típicas de la condición femenina.

Tradicionalmente, la mujer europea que osaba escribir era considerada inmoral y escandalosa, razón por la cual debía esconder su identidad bajo seudónimos masculinos, tales como Fernán Caballero, George Sand o George Eliot. Si bien la mujer inclinada a la creación literaria logró burlar en el siglo XIX los prejuicios de los editores y del público lector, una vez descubierta su identidad, debió afrontar los duros juicios de la crítica que partía de la premisa de que lo escrito por mujeres era automáticamente inferior a la obra escrita por los hombres. Esta discriminación generalizada en contra de la escritura se hace evidente, por ejemplo, en el caso de Charlotte Bronte, quien en 1847 publicó su famosa novela *Jane Eyre* bajo el seudónimo masculino de Currer Bell. Esta obra tuvo una fervorosa acogida de parte del público y la crítica, mas, para su infortunio, a los pocos meses de publicadas, se descubrió la verdadera identidad de la autora. Los mismos críticos que habían aclamado las virtudes de *Jane Eyre*, al saber que Currer Bell era una mujer, se retractaron para afirmar que, en realidad, era una novela mediocre donde claramente se distinguían las deficiencias estilísticas propias del sexo femenino.<sup>2</sup>

En Latinoamérica, la participación de la mujer en las letras es

1. *Woman, Culture and Society* editado por Michelle Z. Rosaldo y Louise Lamphere (Stanford: Stanford University Press, 1974).

2. Elaine Showalter. "Women Writers and the Double Standard" en *Women in Sexist Society: Studies in Power and Powerlessness* editado por Vivian Gor-



Gabriela Mistral

un reflejo de lo que pasa en Europa, pero la situación se acentúa por las condicionantes del machismo. La inferioridad intelectual de la mujer, preconcepción que tiñe, según los sociólogos, todo el desarrollo de nuestra sociedad, ha determinado que durante siglos a la mujer le estuviera vedado el derecho a la palabra escrita.<sup>3</sup>

Las primeras mujeres hispanoamericanas que se dedicaron a

nick y Barbara K. Moran (New York: Basic Books, Inc., Publishers, 1971, pp. 243-323).

3. Jorge Gissi Bustos. "Mitología sobre la mujer" en *La mujer en América Latina*, tomo I, editado por María del Carmen Elu de Leñero. (México: Secretaría de Educación Pública, 1975, pp. 85-107).

la creación literaria debieron ocultarse bajo el anonimato, razón por la cual no conocemos la verdadera identidad de Clarinda, autora del *Discurso en loor de la poesía* (1608) y de Amarilis quien, en 1621, escribe una *Epístola en silva*. El caso de Sor Juana Inés de la Cruz no resulta sorprendente en una sociedad que prohibía que la mujer se dedicara a las letras. A pesar de su obra admirable, la más excelsa en la literatura hispanoamericana colonial, Sor Juana, genio de verdadero talento intelectual, fue condenada por la Iglesia a deshacerse de su biblioteca y a abstenerse de tomar la pluma. Víctima de prejuicios que catalogaban a la mujer como inepta mientras los hombres "con sólo serlo, piensan que son más sabios", Sor Juana eleva la siguiente protesta en su *Respuesta a Sor Filotea*: "¿Acaso debe una mujer avergonzarse por estas inclinaciones al estudio y las letras?".

La situación no parece cambiar radicalmente durante el siglo XIX; basta recordar el repudio de la sociedad peruana hacia Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera. Esta última describió en sus novelas las presiones sociales que debía vivir la mujer de la época y asume una posición feminista en sus artículos "Estudio comparativo de la inteligencia y la belleza de la mujer" y "Perfeccionamiento de la educación y de la condición social de la mujer".

Al cruzar el umbral del siglo XX, observamos una participación cada vez más activa de la mujer en el campo de las letras. Sin embargo, ésta ha sido una conquista parcial, pues la escritora no sólo ha debido incorporarse a una tradición eminentemente masculina, sino que también ha tenido que afrontar los juicios de una crítica cuyas preferencias estéticas y criterios de valor fueron establecidos por una mayoría masculina. Los oficios de escritor y de crítico literario han sido, como el resto de las actividades culturales, dominio de los hombres. No es extraño, pues, que una escritora como la chilena Marta Brunet, para satisfacer el gusto predominante de la época, haya optado por seguir fielmente la estética de la escuela criollista en sus primeras novelas de los años veinte. Un índice de su éxito en imitar la literatura masculina se puede medir a través de los comentarios de la crítica, que elogia sus temas y estilo por su "rudeza, vigor y virilidad". Resulta altamente significativo que, en 1936, Amado Alonso, uno de los más brillantes críticos de la literatura hispanoamericana, en su comentario a *La última niebla* de María Luisa Bombal, exclame: "¡Qué suerte que el oficio masculino de escribir no haya masculinizado a una escritora más!"<sup>4</sup>

4. Amado Alonso. "Aparición de una novelista" en *La última niebla* de María Luisa Bombal (Buenos Aires: Editorial Andina, 1973, p. 29).



Alfonsina Storni

Si bien importantes críticos ven la literatura como un fenómeno ideológico inserto en una sociedad particular, premisa que implica que el escritor elabora temas y contenidos que responden a una cosmovisión singular dentro de un contexto social e histórico, hasta ahora se ha omitido el hecho de que dentro de la sociedad se dan dos grupos —hombres y mujeres— cuyos roles diferentes han determinado una visión del mundo y un modo de existencia. Basándose en criterios estipulados por una mayoría masculina, comúnmente se ha evaluado la literatura femenina de acuerdo a si sigue dichos patrones, sin tomar conciencia de que la escritora: por poseer un lugar diferente en la sociedad y por tener vivencias típicas de su sexo, posee una percepción dife-

rente de su realidad. Esta percepción singular da origen a una literatura con características propias que la distinguen de la literatura creada por los hombres; es precisamente este aspecto el que ha originado en los Estados Unidos una nueva perspectiva crítica con respecto a la literatura femenina.<sup>5</sup>

#### *Hacia una caracterización de la literatura femenina en el continente hispanoamericano*

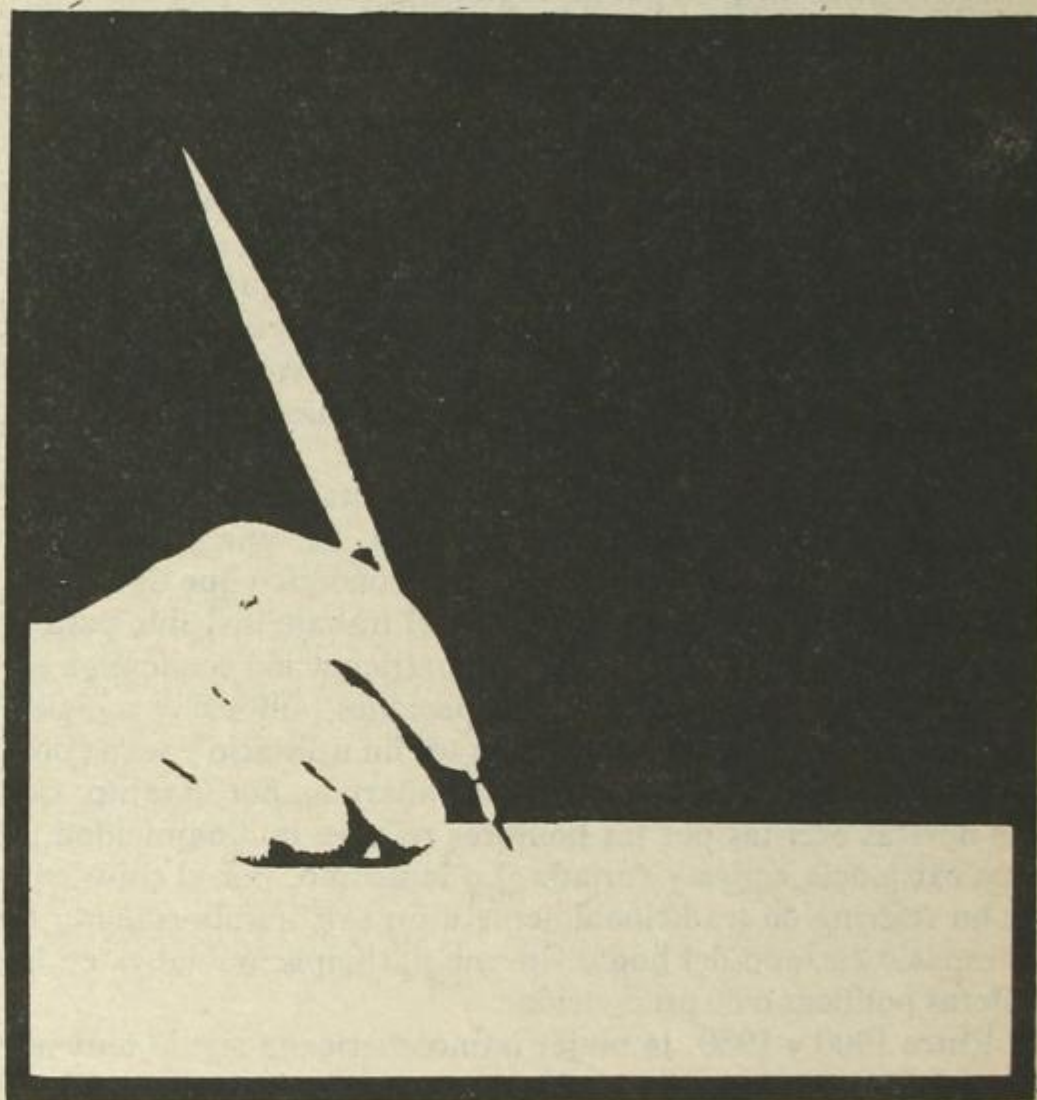
Con frecuencia se ha aseverado que la literatura femenina hispanoamericana se caracteriza por su temática limitada. A diferencia de las obras escritas por hombres, en las cuales se dan preocupaciones filosóficas y sociales, mensajes políticos, búsqueda de una identidad nacional y arquetipos que conllevan un contenido universal, la obra literaria femenina se restringe, según la crítica, al tema del amor y no parece trascender a esferas más significativas. Es interesante notar que, de manera similar, se han caracterizado las literaturas femeninas de habla inglesa y francesa.<sup>6</sup> Basándose en criterios estéticos aplicados de manera efectiva a la literatura masculina, el crítico decidió *a priori* que la creación de la mujer no cumplía con los requisitos de una buena obra y nunca se detuvo a inquirir por qué el amor era un tema recurrente o si este tema se elaboraba de una manera artística diferente. La protesta de Virginia Woolf en su conferencia "Un cuarto propio" (1928) pone de manifiesto una situación semejante en Inglaterra. Virginia Woolf declaraba que en su país, bajo el predominio de valores masculinos, una obra literaria era considerada importante si trataba "los temas trascendentales" de la guerra o la política mientras los conflictos interiores de la mujer encerrada entre las cuatro paredes del hogar no poseían ninguna estatura o dignidad estética.

Con el objetivo de revalorar la producción femenina a partir de sus elementos característicos hasta ahora ignorados, se puede tomar un sector limitado que permitirá una ilustración del fenómeno: por ejemplo, la trayectoria de la novela hispanoamericana durante la primera mitad del siglo XX. La novela masculina sigue en este periodo un desarrollo variado acuciosamente estudiado por la crítica: el movimiento modernista, que en len-

guaje rico y refinado mostraba la decadencia y degradación del mundo, es seguido por la tendencia criollista que exploraba y definía las diferentes regiones de América, su flora y fauna, ritos y costumbres, con el objetivo de descubrir una identidad nacional, y hacia 1938 surge el realismo socialista que incorpora en la novela a la clase proletaria dentro de los espacios urbanos de la fábrica y el suburbio para denunciar la injusticia social.

Veamos ahora las diferencias. Si la función de la novela era, para los escritores, una denuncia de la decadencia, una contribución al proceso de reafirmación de la identidad nacional o un documento político de validez en el cambio de las estructuras socioeconómicas, para las escritoras de la primera mitad del siglo XX, la novela tenía como objetivo presentar las frustraciones de la existencia femenina alejada de compromisos nacionales, políticos o económicos.

Esta motivación cuyos orígenes se encuentran en la situación particular de la mujer latinoamericana, produjo una literatura distintiva que hasta ahora no ha sido justamente valorada. La



5. Entre los numerosos estudios publicados en estos últimos años, cabe destacar el conjunto de ensayos teóricos titulado *Feminist Literary Criticism* editado por Josephine Donovan (Lexington, Kentucky: The University Press of Kentucky, 1975).

6. Ver, por ejemplo, el artículo anteriormente citado de Elaine Showalter o "French Women Writers: A Problematic Perspective" de Germaine Brée en *Beyond Intellectual Sexism: A New Woman, A New Reality* editado por Joan Roberts (New York: David McKay Company, Inc., 1976, pp. 196-209).

novela de la mujer plasma, esencialmente, las vivencias de la interioridad femenina que se expresa en estados de conciencia, sensaciones físicas, contemplaciones estáticas, aspiraciones espirituales, anhelos inefables, ensueños y visiones oníricas. La prioridad de lo subjetivo convierte a la novela en una aventura interior que se podría definir como la búsqueda solitaria del amor para lograr la realización de la existencia. En este proceso de búsqueda, la protagonista se aleja de la realidad exterior de un modo enajenado que la conduce al aislamiento y la ensoñación.

Los temas de la soledad y del amor se plasman en la novela femenina de este período en el motivo del amante imaginario (*La útima niebla* de María Luisa Bombal), o real (*En soledad vivía* de Alicia Jurado). El espacio cerrado de la casa simboliza el mundo convencional que impide, a través de su código moral sexual, la satisfacción del anhelo erótico fuera de la institución del matrimonio. Por otra parte, el espacio de la naturaleza se presenta como un ámbito libre y vital que satisface la frustración de una existencia dirigida por las regulaciones de la sociedad.

El tema de la búsqueda del amor constituye en la novela femenina algo más significativo que la simple auscultación en las frustraciones y los anhelos de una mujer. A través de él, se entrega una visión del mundo claramente femenina y muy distinta a aquella observada en la novela creada por los escritores de este mismo período. Si en esta última se ubica al hombre como un ente dinámico en un lugar geográfico y un sector social determinados, en la novela femenina de carácter intimista, se concibe a la mujer como un ser solitario y pasivo cuya felicidad depende de sus relaciones reales o imaginadas con el sexo masculino.

La soledad y pasividad de la protagonista deben explicarse a partir de un contexto social e histórico. En una sociedad de dualidades originadas por un sistema económico que determinó el trabajo visible para los hombres y el trabajo invisible para la mujer, lo masculino ha significado: participación económica activa, vida fuera del hogar, preocupaciones políticas y sociales, explotación del ámbito natural con un fin utilitario y sexo como expresión de dominio. No ha de extrañarnos, por lo tanto, que las novelas escritas por los hombres reflejen la dinamicidad de una existencia activa y variada. Lo femenino, por el contrario, se ha restringido tradicionalmente a un existir subordinado en el espacio cerrado del hogar sin una participación activa en las esferas políticas o de producción.

Entre 1900 y 1950, la mujer latinoamericana siguió teniendo el papel fundamental de madre y esposa. Ideológicamente, se la condicionó a defender su virginidad y a abstenerse de la infideli-

dad en el matrimonio.<sup>7</sup> En forma más explícita, se la condenó a una vivencia amorosa limitada, mientras para el hombre la sexualidad constituía un índice de virilidad. Alejada de toda actividad política o económica, la meta de su existencia no fue otra que el matrimonio. Debemos recordar que en Latinoamérica, el sufragio universal fue una conquista tardía: en Chile se concedió el voto a la mujer en 1948; en México, no lo obtuvo hasta 1953. Por otra parte, la participación económica de la mujer latinoamericana de este período sólo alcanzaba un índice de un 13%.

El tema de la búsqueda del amor para lograr la realización de la existencia no sólo refleja las preocupaciones de la mujer alejada de toda actividad política o productiva sino que también conlleva un planteamiento filosófico con respecto a la existencia femenina. En *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir ha establecido que, en nuestra sociedad, la mujer se diferencia y define a sí misma tomando al hombre como núcleo de referencia. El hombre, por el contrario, define su existencia a partir de una variedad de elementos del mundo exterior. En una posición de superioridad, producida por el sistema económico, él se ha convertido en el Sujeto, en lo Absoluto mientras que la mujer constituye lo incidental, lo inesencial, el Otro. La pensadora francesa, al afirmar que la mujer ha aceptado al hombre como su único destino, pone de manifiesto una visión del mundo que se refleja en la literatura femenina y que la distingue de las creaciones literarias masculinas. Es precisamente esta visión del mundo la observada en *La amortajada* (1938) de María Luisa Bombal donde se nos dice: "¿Por qué, por qué la naturaleza de la mujer ha de ser tal que tenga que ser siempre un hombre el eje de su vida? Los hombres, ellos, logran poner su pasión en otras cosas. Pero el destino de las mujeres es remover una pena de amor en una casa ordenada, ante una tapicería inconclusa".

En *The Dialectic of Sex*, Shulamith Firestone comprueba, a través de un acucioso estudio, que en el campo específico del arte ha predominado la representación de la realidad a partir de una visión masculina, otorgando a aquella realidad vista desde un ángulo femenino, un valor secundario. Sólo una vez que la crítica emprenda la tarea de evaluar la literatura femenina a partir de una comprensión adecuada de qué es la mujer y cuáles son las características de su escritura, de su voz, podremos vislumbrar la otra mitad de la realidad que hasta ahora ha permanecido en una silenciosa penumbra.

7. Siguiendo una tradición que data de la Edad Media, en la mayoría de los países latinoamericanos existen códigos que imponen una pena menor al hombre que asesina a su esposa por infidelidad. Ver: Lidia Falcón. *Mujer y Sociedad: Análisis de un fenómeno reaccionario* (Barcelona: Editorial Fontanella, 1973, pp. 19-82)